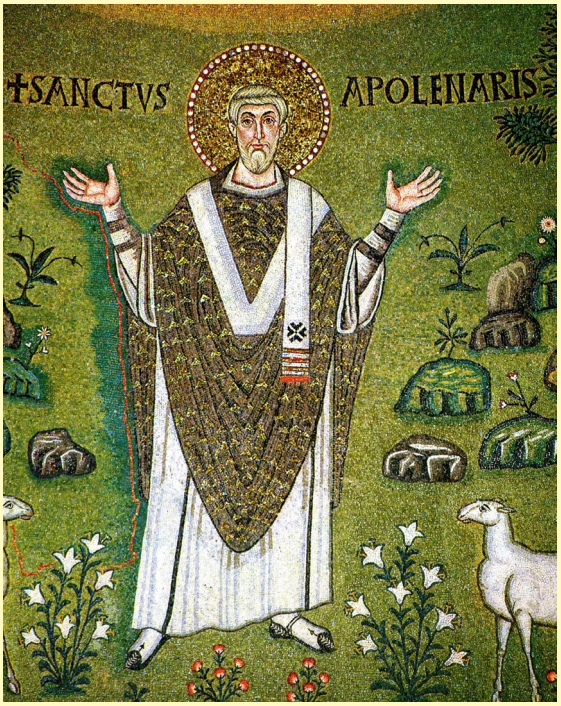
SAN APOLINAR DE RAVENA, OBISPO (20 de julio)

RELATO HAGIOGRÁFICO PROTOTÍPICO

Los orígenes de la Iglesia de Ravena están inescindiblemente unidos a la figura de Apolinar, su primer obispo: una tradición que tiene fundamentos históricos en la existencia in Classe de una florida comunidad de orientales, le atribuye origen antioqueno. Faltan elementos objetivos para datar el episcopado de Apolinar; no obstante, la incontestable participación en el concilio de Sárdica (342-343) del decimoprimer sucesor, Severo, permite situarlo en la segunda mitad del s. II. Estudios recientes proponen los años 170-180, o los últimos años del s.II como término de un episcopado que todas las fuentes hagiográficas, aunque discordes en mínimos particulares cronológicos, reconocen muy largo. Como registra el *Martirologio Jeronimiano*, Apolinar muere el 23 de julio, tras haber sobrevivido siete días a las persecuciones paganas serenamente aceptadas, como única víctima por la salvación de sus hijos espirituales.



Los datos más antiguos (y atendibles) sobre el protoobispo provienen del sermón 128 de Pedro Crisólogo, decimoctavo obispo de Ravena. Pronunciado quizá con ocasión del *dies natalis* (o de una circunstancia más solemne), el sermón reconoce en Apolinar el *primus sacerdos* de la Iglesia ravenesa, su único mártir autóctono por los tormentos sufridos más que por una ejecución capital; se justifica así la calificación de *martyr* que se le reconoce también posteriormente, aunque —en las inscripciones musivas de San Apolinar Nuevo— el protoobispo sólo tenga el título de *confessor.* Las palabras de Crisólogo, que ya describe a Apolinar como el *bonus pastor* de la Iglesia ravenesa, ratifican el vínculo no físico sino espiritual que une al protoobispo con sus fieles en la posesión del cuerpo del santo. La fama de Apolinar, empero, depende sobre todo de **la *Passio*** que, impropiamente atribuida a san Ambrosio de Milán, **constituye el texto básico para la historia de la santidad obispal en la Italia del Norte**. Las temáticas político-eclesiológicas que jalonan el texto hagiográfico, justifican la controvertida datación que se le propone.

La *Passio* celebra a Apolinar con una serie de milagros —componente irrenunciable del modelo hagiográfico obispal— plasmados en los de Cristo y descritos con claras reminiscencias evangélicas: devolución de la vista a los ciegos (milagro con claro valor simbólico), de la salud a los enfermos crónicos, de la palabra a los mudos, liberación de espíritus inmundos, subversión de los ídolos paganos. Las curaciones producen inevitables conversiones —fin primordial de la acción histórica del obispo—, y por ende un aumento de la familia en aquella perspectiva de filiación espiritual y de función paterna típica del modelo hagiográfico obispal. Interpretando en sentido realista la visión crisologana de la vida como perenne lucha contra el enemigo y progresivo fortalecimiento en la fe, la *Passio* describe explícitamente las múltiples persecuciones que entretejen la actividad evangelizadora de Apolinar, dirigida no sólo a las zonas limítrofes de Ravena, sino también a territorios orientales a los que llega durante el exilio (Mesia, Tracia, regiones del Danubio). En Apolinar se concreta así la figura de obispo itinerante (o *episcopus vagus*), atribuida a menudo a los prelados de diócesis metropolitanas. **En la Passio, el modelo episcopal se conjuga, pues, con el martirial, del defensor de la ortodoxia y del padre de la fe.** En efecto, el amplio espacio que en los textos hagiográficos episcopales es concedido a la palabra y a la predicación se concreta en la *Passio* en largos excursus cristológicos de sabor abiertamente antiarriano. En la dinámica de la *Passio*, que sin embargo presenta a su héroe en tan poliédrica perspectiva, Apolinar no se configura aún como el patrón de Ravena, sino como el defensor de la Iglesia en su tenaz oposición y progresiva imposición sobre el paganismo. La dimensión está en cambio abiertamente subrayada en los sermones que Pedro Damián dedica al protoobispo, exaltando también su calificación de *martyr apostolicus* y reiterando su unción petrina.

Agnello de Rávena muestra no conocer el lugar del primitivo sepulcro de Apolinar, que—para Crisólogo— está en el seno de su misma Iglesia y que por ende los fieles lo conocen perfectamente. Sólo en el S. VI Giuliano Argentario construye en honor del protoobispo la basílica de San Apolinar in Classe, que el arzobispo Maximiliano consagra el 9 de mayo del 549. Aun no siendo *ad corpus*, la basílica no refleja un tardío despertar de la memoria de Apolinar, sino que solemniza un culto tal vez ya en vida en la segunda mitad del S. III, al menos documentado por óbolos devocionales datados en los ss. II-IV. Aunque ligado a la presencia y hegemonía bizantina en Occidente, el culto de Apolinar acaba por penetrar también en los territorios longobardos (con el consiguiente desdoblamiento de reliquias), desciende a Italia central a lo largo de las vías Flaminia y Armerina (en Roma está empero ligado a la figura del papa Símaco, †514) y se difunde también allende los Alpes, en Francia, Alsacia y Suiza, pero sobre todo en las zonas renanas. Apolinar es el santo de la reconquista católica de los países germánicos.

La mayor parte de sus reliquias se conserva en la basílica de San Apolinar in Classe pero, como ratifica la dedicación de la Iglesia y el recuerdo de la ceremonia litúrgica, parte del cuerpo es trasladado a San Apolinar Nuevo, la antigua San Martino in C'iel d'Oro. (Texto de D. Frioli)

Composición, Manuel Longa Pérez